

estas cosas, las cosas mismas, y el que
lo cubren un aspecto más triste. El viento
soplaba, y desde todas las alturas se
diferenciaba el mar.

Un poco más allá, los árboles también por com-
pleto habían cesado, y sólo quedaban
por el viento de los troncos y ramas y las hojas.

IX

Hacía una hora que marchaba apresuradamen-
te, respirando la saludable brisa del mar.

De trecho en trecho atravesaba una de esas pe-
queñas aldeas de marinos, perennemente combati-
das por el viento y que toman a fuerza de años
el color de las rocas que les sirven de asiento. En
una de ellas, en que el sendero se estrechaba brus-
camente entre paredes sombrías y techos pajizos,
puntiagudos como chozas célticas, la hizo sonreír
la muestra de una taberna, en la que habían pin-
tarrajado dos chinos, vestidos de verde y rosa, con
sus sendas trenzas colgando, y bebiendo sidra. De-
bajo se leía este letrero:

A la sidra de China.

Sin duda una fantasía de algún marinero que
había visitado los puertos del Celeste Imperio.

Todo lo iba mirando al paso. Las gentes a quie-
nes preocupa mucho el objeto de su viaje, se en-
tretienen más que las otras con los mil detalles del
camino.

Después de la pequeña aldea, a medida que Gaud
avanzaba sobre aquel último promontorio de la

tierra bretona, iba viendo menos árboles, y el campo cobraba un aspecto más triste. El terreno era accidentado, roquizo, y desde todas las alturas se divisaba el mar.

Un poco más allá, los árboles faltaban por completo; no había más que la landa, pintada a trechos por el verde de los juncos, y aquí y allí los divinos crucifijos elevados por la piedad de los pescadores, recortando sobre el cielo el contorno de sus grandes brazos en cruz, que daban a aquel trozo de comarca el aspecto de un inmenso patíbulo.

Al llegar a una encrucijada, guardada por uno de aquellos Cristos enormes, vacilaba entre dos senderos que se deslizaban entre vallados de espigas, cuando apareció una niña que la dirigió este saludo:

—¡Buenos días, señorita Gaud!

Era precisamente una hermanita de Juan Gaos. Después de haberla besado, Margarita le preguntó si sus padres estaban en casa.

—Papá y mamá, sí están—contestó la niña—. Mi hermano Juan es el que no está, porque ha ido a Loguivy; pero no debe tardar mucho.

¡No estaba en casa! Continuaba aquella especie de conjuro que los alejaba al uno del otro, siempre y en todas partes.

De buena gana hubiera diferido su visita para otra ocasión; pero aquella niña que la había visto, hablaría de seguro, y ¿qué comentarios harían en Pors-Even? Esta reflexión la decidió a proseguir

su camino, aunque con toda la lentitud posible, para dar tiempo a que Juan regresara.

A medida que se aproximaba a la aldea en que habitaba la familia Gaos, el aspecto del terreno era más rudo y desolado. El gran aire del mar, que hacía a los hombres más fuertes, también hacía a las plantas más bajas, más cortas, más aplastadas contra el duro suelo.

Gaud solía encontrarse en el camino con algunos transeuntes, gentes de mar, a quienes se divisaba desde larga distancia en aquel terreno llano, destacándose sobre la línea alta y lejana de las aguas. Pilotos o pescadores, todos parecían estar siempre vigilando los lejos, velando sobre *el largo*. Al pasar, le daban los buenos días.

¿Qué haría Juan Gaos en Loguivy? Tal vez cortejaba a las muchachas...

¡Ah! ¡Si Margarita hubiera sabido cuán poco le preocupaban a él las muchachas! No; no tenían los devaneos parte alguna en la excursión de Juan a Loguivy; era sencillamente que había ido a encargar unas *nasas* de las que se usan en Bretaña para pescar la langosta. Ningún pensamiento amoroso ocupaba su imaginación en aquel momento.

Caminando siempre en la dirección de Pors-Even, llegó a una capilla que se divisaba desde lejos sobre una altura. Era una capillita muy pequeña y muy vieja, a la que formaban como una corona algunos árboles, grises y viejos como ella, y cuyas ramas estaban todas inclinadas hacia el mis-

mo lado, como doblegadas por el impulso de una mano invisible.

Aquella mano era la misma que sumergía las barcas de pescadores; la mano eterna de los vientos del Oeste.

Gaud tocaba ya al término de su viaje, puesto que la capillita era la que servía de iglesia a Pors-Even, y decidió entrar en ella, con objeto de tardar un poco más.

Un pequeño muro, medio derruido por los años, formaba en torno de la capilla un cercado, encerrando varias cruces. Todo aquello tenía el mismo tono gris sombrío; la capilla, los árboles y las tumbas: el sitio entero parecía uniformemente empañado, roído por el viento del mar. Un mismo liquen plumoso, con manchas de un amarillo pálido de azufre, cubría las piedras, las nudosas ramas, los santos de granito encerrados en las hornacinas del muro.

Sobre una de las cruces de madera se leía este nombre, escrito en gruesas letras blancas: *Gaos (José), ochenta años.*

Margarita había oído hablar alguna vez de aquel Gaos, el abuelo de Juan, viejo marino a quien el mar había desdeñado. Sin duda alguna, varios antepasados y parientes de Juan debían dormir el sueño eterno en aquel recinto; era una cosa natural, que no tenía para qué haberla sorprendido, y, sin embargo, aquel nombre, leído sobre una sepultura, le causó una impresión penosa.

Con el objeto de entretenerse algún tiempo más,

entró a rezar una oración bajo el antiguo pórtico, pequeño, carcomido, embadurnado con cal blanca. Pero una vez allí volvió a detenerse, sintiéndose de nuevo el corazón oprimido. ¡*Gaos!* ¡Aún seguía persiguiéndola aquel nombre, que ahora veía grabado sobre una de esas lápidas funerarias que se colocan en los muros de los templos, para conservar el recuerdo de los que han perecido en alta mar.

La inscripción de la lápida decía de este modo:

*A la memoria de
GAOS (JUAN LUIS),
de edad de veinticuatro años, marinero a bordo de
la "Margarita", desaparecido en
Islandia el 3 de agosto de 1877.
¡Descanse en paz!*

¡La Islandia, siempre la Islandia! Todo el muro, a la entrada de la capilla, estaba lleno de lápidas, con nombres de marinos muertos en naufragios; un panteón de los naufragos de Pors-Even. Es cierto que en la iglesia de Paimpol también había visto inscripciones análogas; pero en aquella capillita de la pobre aldea, la tumba vacía de los islandeses parecía más miserable, más desolada, más salvaje. Había a cada lado del pórtico un banco de granito donde se sentaban las madres y las viudas para llorar a sus anchas, y el todo formaba como una especie de gruta, baja de techo, guardada por la imagen de una Virgen groseramente tallada y pintada de un rosa chillón.

La joven siguió leyendo las pavorosas inscripciones:

*En recuerdo de
GAOS (FRANCISCO),
esposo de Ana María LE GOASTER,
capitán del "Páimpolés",
perdido en Islandia del 1.º al 3 de abril
de 1877, con 23 hombres que componían su
tripulación.
¡Descansen en paz!*

Al pie de esta lápida había pintadas dos tibias en cruz y un cráneo con ojos verdes, pintura ingenua y cómicamente lúgubre, que tenía el perfume de barbarie de la edad antigua.

Otra de las lápidas estaba destinada a guardar la memoria de *Gaos (Santiago), arrebatado de su barco por las olas y desaparecido en las inmediaciones de Norden-Fiord, en Islandia, a la edad de veintidós años*. La tal lápida parecía colocada allí desde hacía muchos años. ¿Quién se acordaba ya de Santiago Gaos?

A la vez que leía las sombrías inscripciones, Margarita sentíase asaltada de indefinibles ternuras por Juan, mezcladas con algo de desesperación. ¡Jamás le pertenecería! ¿Cómo había de disputárselo al mar, cuando en él habían hallado su tumba tantos otros Gaos antepasados o cercanos parientes suyos que debían tener con él íntimos puntos de contacto?

Entró, por fin, en la capilla, apenas iluminada

por la débil luz que dejaban penetrar sus ventanas. Allí, con el corazón henchido de lágrimas que pugnaban por asomar a los ojos, se arrodilló para orar ante los santos y las santas, rodeados de groseras flores contrahechas, que casi tocaban la bóveda con sus cabezas. Fuera del sagrado recinto, el viento que se levantaba comenzaba a gemir, como llevando al país bretón la última queja de los marinos muertos.

Declinaba la tarde, y cualquiera que fuese la repugnancia de Margarita a cumplir el objeto de su viaje, le era preciso decidirse a hacer su visita a los Gaos vivos y ejecutar su comisión. Tornó, pues, a emprender el camino, y después de haber preguntado en la aldea, encontró la casa de los Gaos, a la que daban acceso doce escalones de granito. Un poco temblorosa a la idea de que Juan podría estar ya de vuelta, atravesó un jardincito donde brotaban crisantemos y verónicas.

Al entrar en la habitación que servía de recibimiento, sus ojos buscaron a Juan entre la gente que la ocupaba, pero no lo vió.

Con gran cortesía rogáronla que tomara asiento hasta que llegara el viejo Gaos, jefe de la familia, que le firmaría el recibo del dinero.

Todo el mundo estaba muy ocupado en la casa. Sobre una gran mesa de pino había medio extendida una pieza de tela, en la que cortaban trajes de marinero, que después de ser embreados, debían servir para la próxima temporada de pesca en Islandia.

—Ya veis, señorita Gaud—la decían—, cada pescador necesita tres trajes de éstos para la temporada.

Y le explicaban la operación de encerarlos y embrearlos, para hacer impermeable la tela. Mientras tanto que le referían el modo de proceder, con toda clase de detalles, los ojos de Margarita recorrían atentamente la habitación.

Hallábase ésta amueblada a la manera tradicional de las cabañas bretonas: ocupaba el fondo una inmensa chimenea, y a los lados estaban las camas, que afectaban la forma de armarios superpuestos unos sobre otros. Sólo que no había allí la oscuridad y la melancolía propias de los alojamientos de jornaleros del campo, sino la claridad y limpieza peculiares a las casas habitadas por gentes de mar.

Había allí, además de varios pequeños Gaos, niños y niñas, sin contar otros dos mayores que estaban navegando, una rubita, triste y muy ataviada, que no se parecía a los demás.

—Esta niña la hemos adoptado el año último—explicó la mujer del viejo Gaos—; no son niños lo que a nosotros nos faltan; pero ¡qué queréis, señorita Gaud!, su padre era marinero de la *María amada de Dios*, que se perdió en Islandia, como sabéis, y entre los amigos nos hemos repartido los cinco huérfanos.

Oyendo que hablaban de ella, la pobre rubita bajó la cabeza con una sonrisa de rubor, escondién-

dose detrás del pequeño Lorenzo Gaos, que era su preferido.

Todo el mundo se esmeraba por recibir bien a Gaud, como una visita que hacía honor a la casa, y la hicieron subir a la habitación del piso superior, que era, como si dijéramos, el orgullo de la familia.

La habitación era linda y alegre en su blancura inmaculada. Había en ella dos camas, a la moda de las ciudades, con sus cortinas de reps color de rosa, y en el centro una gran mesa cubierta con un hule. Desde la ventana se divisaba todo Paimpol, con su rada, donde estaban anclados los barcos pescadores, y el canalizo, por donde emprendían anualmente su viaje a Islandia.

No se atrevía Gaud a preguntar, pero de buena gana se hubiera informado en dónde dormía Juan. Evidentemente, cuando niño había debido dormir en el piso bajo, en uno de aquellos lechos antiguos que tenían la forma de un armario; pero, sin duda, ahora su cama debía ser una de las dos modernas, con vistosas colgaduras rosa. ¡Cuánto hubiera ella deseado estar al corriente de los detalles de su vida, saber, sobre todo, en qué pasaba las largas noches del invierno!...

Los pasos de alguien que subía por la escalera de madera, la hicieron estremecer.

No; no era Juan, sino un hombre que se le parecía mucho, a pesar de sus cabellos blancos, y que, como él, tenía una estatura elevada: era Gaos el padre, que volvía de sus quehaceres.

Después de haberla saludado atentamente y haberse informado de los motivos de su visita, le extendió su recibo, en cuya operación tardó no poco tiempo, porque ya no tenía el pulso muy seguro. Hizo la salvedad de que no aceptaba los cien francos como cancelación definitiva del asunto pendiente por la venta de la barca, y sí en concepto de cantidad recibida a cuenta; pero, en fin, ya hablaría él de ese negocio con el Sr. Mével. Gaud, a quien las cuestiones de dinero interesaban poco, sonrió imperceptiblemente: bien sospechaba ella que el negocio no se daría por terminado; pero se alegraba, porque así tendría nuevos pretextos para volver a casa de los Gaos.

El viejo creyó del caso excusar la ausencia de su hijo, pensando para sus adentros que hubiera sido más decoroso que la familia entera hubiese estado reunida para recibir aquella visita, para ellos ceremoniosa. Tal vez había adivinado, con su malicia de antiguo marino, que su hijo no era del todo indiferente a la bella heredera de Mével, porque se notaba que hablaba de él con cierta insistencia.

—Me asombra—decía—que mi hijo Juan esté todavía fuera de casa. Ha ido a Loguivy a comprar unas *nasas* para coger langostas; ya sabéis, señorita Gaud, que esa es nuestra gran pesca de invierno.

Margarita se hacía la distraída para prolongar por más tiempo su visita, no obstante tener la conciencia de que se estaba demasiado tiempo; pero

¡la era tan duro irse sin verle, después de haberla costado un paseo tan largo!

—Un muchacho tan juicioso como él—continuaba diciendo el padre—no sé qué diablos puede hacer por ahí fuera. En la taberna estoy seguro de que no está; mi hijo no la frecuenta. No digo que no vaya alguna vez los domingos, con sus amigos... Ya sabéis, señorita Gaud, los marinos gustan de un rato de broma, sobre todo cuando son jóvenes. Pero de todos modos, es una cosa rara en él; podemos lisonjearnos de tener un hijo muy juicioso.

Entretanto la noche se echaba encima; la pieza de algodón había vuelto a ser doblada, y el trabajo de costura había concluído por aquel día. Los pequeños Gaos, entristecidos por la proximidad de la noche, se apretaban unos contra otros, sentados en un banco, y miraban a Gaud, como diciendo:

—Ya que ha desempeñado su comisión, ¿por qué no se marcha?

La leña encendida de la chimenea empezaba a iluminar la habitación con su llama roja, en la tinta gris del crepúsculo que caía.

—Deberíais quedaros a cenar con nosotros, señorita Gaud—le dijo la madre.

¡Ah, no!, no podía; hasta la daba vergüenza de haberse estado de visita tanto tiempo.

Y levantándose, se despidió de la familia.

El Sr. Gaos se levantó también, con objeto de acompañarla una parte del camino; hasta más allá

de cierto barranco aislado, donde viejos árboles formaban un pasaje oscuro y miedoso.

Mientras caminaban al lado uno del otro, Margarita se sentía poseída de respeto y de ternura hacia el antiguo marino; tenía ganas de hablarle como se habla a un padre; pero las palabras se la quedaban detenidas en la garganta, y no osaba decirle nada.

¡Qué lejos estaba Pors-Even de su casa, y cuánto había tardado!

De vez en cuando se cruzaban con gentes que volvían de Paimpol o de Loguivy; siempre que apercibía a lo lejos una silueta de hombre, pensaba en Juan, y cada vez sufría una decepción.

Llegados a la cruz de Plouezoch, saludó al viejo, rogándole que no se molestara más. Distingúanse ya las luces de Paimpol, y no había motivo alguno para que tuviese miedo.

Decididamente, no tenía ya que abrigar esperanza de ver a Juan... ¡quién sabe cuándo volvería a tenerla!...

Ciertamente, no habían de faltarle pretextos para volver a Pors-Even; pero sería demasiado desairado para ella el hacer tantas visitas; debía ser más animosa y tener más orgullo. Si al menos hubiera estado allí su buen Silvestre, le hubiera encargado de proporcionarle discretamente una entrevista con su amigo, a fin de que cesaran aquellas nebulosidades; pero Silvestre estaba ausente, ¡sabe Dios por cuánto tiempo!

X

—¿Casarme yo—decía Juan a sus padres aquella misma noche—. ¿Y para qué había yo de casarme? ¿Con quién había de vivir tan dichoso como aquí con vosotros? Aquí no tengo cuidados ni discusiones con nadie, y cuando vuelvo de la mar, me lo encuentro todo hecho. Por supuesto, que comprendo perfectamente que si me habláis de casamiento, es a causa de la visita que habéis tenido hoy; pero la verdad, una joven rica como ésa, querer emparentar con pobres como nosotros, no lo veo claro...; y en fin, ni con ésa ni con ninguna. Yo no quiero casarme.

Los dos viejos Gaos se miraron en silencio profundamente contrariados, pues después de bien madurado el asunto, para ellos era más que probable que la bella Margarita no rehusaría a un muchacho honrado y guapo como Juan. Conocían la obstinación de éste, y por lo tanto sabían que era inútil insistir. La madre, sobre todo, inclinó la cabeza y no volvió a pronunciar una palabra, acostumbrada como estaba a respetar las voluntades del hijo mayor, a quien consideraba como el futuro jefe de la familia, por más que constan-

temente se mostrase tierno y afectuoso para ella, y sumiso como un niño para las pequeñas cosas de la vida, pero no ignoraba la buena señora que para las grandes no se reconocía otro dueño absoluto que él mismo, y que sabía escapar a toda presión con un espíritu de independencia tranquilamente feroz.

Juan nunca se acostaba tarde, habituado, como los demás pescadores, a levantarse antes del alba. A las ocho, después de haber cenado y echar una última ojeada de satisfacción a sus *nasas* de Loguivy y a sus redes nuevas, subió a acostarse en la cama con colgaduras de reps color de rosa, que compartía con el más pequeñito de sus hermanos.

XI

Quince días hacía ya que Silvestre, el confidente de Margarita, estaba en el cuartel de Brest. El muchacho se encontraba completamente fuera de su centro, pero continuaba haciendo una vida ejemplar. Daba gusto verle con el traje de marinero del Estado, que sentaba perfectamente a su alta estatura.

No estaba descontento de su suerte, si bien, en el fondo, echaba muy de menos a su vieja abuelita, y a pesar del continuo roce con marineros, de suyo dados a divertirse, seguía siendo el mismo muchachón inocente de siempre.

Una sola noche se emborrachó con otros paisanos suyos, porque tal era la costumbre establecida; aquella noche regresaron al cuartel cogidos del brazo y cantando a grito herido.

Otro domingo, sus paisanos y él habían ido al teatro, a las galerías altas. Hacíase un drama donde figuraba un traidor repugnante, a quien los marineros acogían cada vez que se presentaba en escena, con un ¡huúú! que resonaba con rumor profundo, como el del viento del Oeste. Silvestre tenía allí demasiado calor, y hasta intentó qui-

tarse la chaqueta, lo cual le valió una reprimenda del oficial que les acompañaba. Antes de finalizar la representación, ya se había quedado dormido.

A veces, cuando volvía de noche al cuartel, solía encontrarse con ciertas damas, que le decían con voz aguardentosa:

—¡Oye, muchacho!

Pero Silvestre, acordándose de su vieja abuelita y de su novia María Gaos, no las contestaba más que con una mirada desdeñosa.

En Brest, como en su país y como en Islandia, Silvestre permanecía casto. Sin embargo, sus compañeros no se mofaban de él, porque tenía fuerzas hercúleas, cosa que inspira respeto a los burlones.

XII

Cierto día fué llamado a la oficina del cuartel: era para anunciarle que le habían destinado a la China, a la escuadra que operaba delante de la isla Formosa.

Ya había él sospechado que las cosas acabarían por ahí, porque oyó decir a los que leían periódicos, que la guerra con la China no llevaba trazas de concluirse. También le previnieron los jefes que, siendo urgente la partida de los marineros destinados a la escuadra de Formosa, no podrían darle la licencia temporal que es costumbre conceder a los que van a campaña para despedirse de sus familias: había que ponerse en marcha dentro de cinco días.

El chico se sintió extremadamente turbado: aquella noticia, para él, era el encanto de los grandes viajes, de lo desconocido, de la guerra; pero era también la angustia de abandonarlo todo, con la vaga inquietud de no volver.

Mil cosas daban vueltas en su cabeza. En torno suyo se multiplicaba el ruido, porque un gran número de marineros de los alojados en el cuartel

